

## **Escritos políticos**

Del mismo autor

*Viaje a las islas occidentales de Escocia*, Oviedo, Asturias, 2006

*Londres*, Albacete, Castilla-La Mancha, 2004

*Prefacio a Shakespeare*, Barcelona, 2003

*La historia de Rásselas, príncipe de Abisinia*, Madrid, 1991

*Vida de los poetas ingleses*, Madrid, 1988

*Diaries, Prayers, and Annals*, Yale, 1958

"*Idler*" and "*Adventurer*", Yale, 1963

*The Rambler*, Yale, 1969

*Poems*, Yale, 1965

*Johnson on Shakespeare*, Yale, 1968

Samuel Johnson  
**Escritos políticos**

Editado por Donald J. Green

Traducido por Stella Mastrangelo



**Liberty Fund**



**conocimiento**

Primera edición, 2009

© Katz Editores  
Charlone 216  
C1427BXF-Buenos Aires  
Fernán González, 59 Bajo A  
28009 Madrid  
**www.katzeditores.com**

© 2000 by Liberty Fund, Inc.  
**www.libertyfund.org**

Publicado originalmente por Yale University Press,  
como volumen 10 de *The Yale Edition of the Works  
of Samuel Johnson*

© 1977, Yale University

Título de la edición original: *Political writings*

La edición de esta obra ha sido posible  
gracias a los esfuerzos conjuntos  
de Liberty Fund, Inc. y de Katz Editores.

ISBN Argentina: 978-987-1566-05-1

ISBN España: 978-84-96859-62-3

1. Pensamiento Político. 2. Moral. I. Stella Mastrángelo,  
trad. II. Título.  
CDD 320.5

El contenido intelectual de esta obra se encuentra  
protegido por diversas leyes y tratados internacionales  
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,  
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente  
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en España por Safekat S.L.  
28019 Madrid  
Depósito legal: M-40513-2009

# Índice

- 7 Prefacio
- 9 Introducción
- 31 Nota sobre el texto
- 33 Cuadro cronológico
- 39 Títulos abreviados

## ESCRITOS POLÍTICOS

- 43 “Pamphilus” sobre la condolencia (1738)
- 55 “Eubulus” sobre costumbres chinas e inglesas (1738)
- 61 El mármol de Norfolk (1739)
- 93 Reivindicación total de los que otorgan las licencias teatrales (1739)
- 115 Un debate entre el Comité de la Cámara de los Comunes y Oliver Cromwell (1741)
- 149 “O. N.” sobre los fuegos artificiales por la paz de Aix-la-Chapelle (1749)
- 155 Nuevas reflexiones sobre la agricultura (1756)
- 165 Introducción a la situación política de Gran Bretaña (1756)
- 191 Observaciones sobre el proyecto de ley de la milicia (1756)
- 209 Observaciones sobre una carta de un refugiado francés en América (1756)
- 219 Observaciones sobre los tratados con Rusia y Hesse (1756)
- 227 Observaciones sobre el estado actual de las cosas (1756)
- 239 Reseña de Lewis Evans, *Analysis of a General Map of the Middle British Colonies in America* (1756)
- 255 Reseñas de panfletos sobre el caso del almirante Byng (1756)
- 307 Discurso sobre la expedición a Rochefort (1757)

- 313 “Observaciones” y correspondencia  
en *The Universal Chronicle* (1758)
- 325 El valor del soldado raso inglés (¿1760?)
- 333 Introducción a los *Proceedings of the Committee  
on French prisoners* (1760)
- 339 Reflexiones sobre la Coronación (1761)
- 351 Consideraciones sobre el trigo (¿1766?)
- 363 La falsa alarma (1770)
- 393 Reflexiones acerca de las recientes conversaciones  
sobre las Islas Falkland (1771)
- 429 El patriota (1774)
- 443 Los impuestos no son tiranía (1775)
- 495 Índice analítico

# Introducción

I

La historiografía académica de los últimos cuarenta años, empezando por la obra de Sir Lewis Namier,<sup>1</sup> ha destruido más allá de cualquier esperanza de reparación el mito victoriano de la estructura política de Inglaterra durante el siglo XVIII, y con él la imagen victoriana de la posición política de varias figuras del siglo XVIII, entre ellas Samuel Johnson. Ese mito, popular porque era fácil de captar y porque los propagandistas podían utilizarlo fácilmente para servir a intereses partidarios, dominó la historiografía británica durante alrededor de un siglo, desde la época de Lord Macaulay en las décadas de 1830 y 1840 hasta la de su sobrino nieto, George Macaulay Trevelyan, en las de 1920 y 1930. Parece difícil que sobreviva mucho más

1 Hace alrededor de diez años se podía dar una bibliografía razonablemente completa de la historiografía posterior a la “interpretación *whig*” de la Gran Bretaña del siglo XVIII en media docena de títulos (cf. D. J. Greene, *The Politics of Samuel Johnson*, 1960, p. 288, n. 7). Hoy desborda ampliamente las posibilidades de una nota al pie. Una excelente guía al trabajo reciente sobre ese siglo puede encontrarse en los ensayos bibliográficos de William A. Bultmann, “Early Hanoverian England”, y J. Jean Hecht, “The Reign of George III”, en Elizabeth C. Furber (ed.), *Changing Views on British History: Essays on Historical Writing Since 1939* (1966). Particularmente útiles para el estudioso de los antecedentes políticos de Johnson son Sir Lewis Namier, “Monarchy and the Party System” y “Country Gentlemen in Parliament”, en su obra *Personalities and Powers* (1955); Robert Walcott, *English Politics in the Early Eighteenth Century* (1956); J. H. Plumb, *Sir Robert Walpole* (1956- ) (2 vols. publicados de un estudio proyectado en 3); Richard Pares, *King George III and the Politicians* (1953); *Letters from George III to Lord Bute, 1756-1766*, ed. de Romney Sedgwick (1939) (la introducción de Sedgwick es importante); Archibald S. Foord, *His Majesty's Opposition, 1714-1830* (1964).

frente a su abandono unánime por los historiadores serios, pero se resiste a morir. Como todavía interfiere con la actitud del siglo xx hacia Johnson, dedicaremos algún tiempo a examinarlo.

La interpretación victoriana o “*whig*”<sup>2</sup> de la propia historia británica del siglo xviii se originó en la política británica de ese siglo. Popularizada en el siglo xix por Macaulay, J. R. Green, Lecky y otros, se inspiraba en indicios hallados en los escritos de Burke en apoyo de la facción Rockingham de los *whigs* en las décadas de 1760 y 1770 y en otras obras de propaganda política de la época. El grupo de Rockingham, sucesores de los *whigs* que siguieron la dirección de Sir Robert Walpole y los Pelham (Henry Pelham y su hermano, el duque de Newcastle) a comienzos del siglo xviii, y predecesores de los que siguieron a Charles James Fox y a Earl Grey a comienzos del xix, después de disfrutar de muchos años de poder durante los reinados de Jorge I y Jorge II, se encontraron excluidos de él tras el ascenso al trono de Jorge III en 1760. Como el joven Jorge no había ocultado su lealtad a la política de su padre, Frederick, príncipe de Gales y uno de los más persistentes líderes de la oposición a Walpole, los rockinghamianos no pueden haberse sorprendido cuando el nuevo monarca, decidido a preservar el tradicional derecho de independencia del ejecutivo, buscó sus ministros entre *whigs* extraños a la sucesión Walpole-Pelham-Rockingham: su tutor en la adolescencia y asesor político del príncipe Frederick, el escocés conde de Bute; William Pitt, más tarde conde de Chatham, que había iniciado su carrera en la década de 1730 como uno de los más vocingleros de los “patriotas” *whigs* antiwalpolianos; George Grenville, cuñado de Pitt pero en esos momentos políticamente opuesto a él. Tampoco debe haber sorprendido a los rockinghamianos que jóvenes políticamente ambiciosos como Lord North, Lord Shelburne y el duque de Grafton se apartaran de ellos y aceptasen cargos bajo otros auspicios. Durante el resto del siglo, de hecho, el marqués de Rockingham y su sucesor, Charles James Fox, sólo desempeñaron cargos de ministro durante dos breves períodos, en 1765 y de nuevo en 1782-1783, en una coalición con su antiguo enemigo, Lord North, quien disgustó al electorado con su descarado cinismo.

2 La frase “interpretación *whig* de la historia” viene de la importante monografía de Herbert Butterfield del mismo título (1931). Sería un error pensar que significa simplemente que Macaulay y compañía favorecían a los *whigs*; según Butterfield, hace referencia al método de interpretación histórica que ve como encomiable cualquier cosa que haya contribuido a provocar el estado de cosas que efectivamente llegó a prevalecer, y como deplorable cualquier cosa que militase en contra de ese resultado; lo que este autor llama la “ratificación del presente”.

Tales acontecimientos eran más bien naturales en un contexto político en el que existían muy pocas divisiones ideológicas, como ocurría en la Gran Bretaña del siglo XVIII (y como ha ocurrido durante buena parte de la historia de los Estados Unidos), donde las confrontaciones políticas eran en gran parte luchas por el poder en un contexto de alianzas y agrupamientos en cambio constante. Sin embargo, causaron intenso resentimiento entre los rockinghamianos, desplazados después de muchas décadas en el poder; y su teórico y propagandista Edmund Burke,<sup>3</sup> en sus *Thoughts on the Cause of the Present Discontents* [Reflexiones sobre la causa del actual descontento], de 1770, elaboró una “línea” muy complicada para justificar ese resentimiento. Con ese toque de paranoia que caracteriza buena parte de los escritos políticos de Burke, la obra contenía insinuaciones sobre actividades conspirativas de Jorge III y un “Gabinete Interno” de “Amigos del Rey” para subvertir la constitución y restaurar el absolutismo regio. Un corolario de ello era que los rockinghamianos eran los únicos representantes del pensamiento “*whig*” puro e incontaminado, los que preservaban la auténtica tradición de la Gloriosa Revolución de 1688, mientras que los otros políticos *whig*, que colaboraban con Jorge III, eran traidores a esa tradición que no buscaban sino su propio interés, y por lo tanto no eran más que “*tories*” disfrazados.<sup>4</sup> Historiadores del siglo XIX siguieron sus huellas y con la mayor seriedad tildaron de *tories* a Bute, Grafton, North y el joven Pitt, calificación que habría asombrado a muchos de sus contemporáneos.

3 La idea de que Burke y Johnson simpatizaban políticamente, debida a que ambos han sido catalogados como “conservadores”, no se puede tomar en serio. Todo lo que habitualmente se cita en apoyo de esa tesis son elogios de Johnson a las cualidades intelectuales de Burke y a su elocuencia. Sin embargo, por Burke como político Johnson nunca tuvo otra cosa que las más duras críticas; por ejemplo: “En la vida privada es un caballero muy honesto; pero no admito que lo sea en la vida pública. Las personas *pueden* ser honestas aunque estén obrando mal: eso es entre ellos y su Hacedor. Pero *nosotros*, que estamos sufriendo por su conducta pernicioso, debemos destruirlos. Estamos seguros de que ——— actúa por interés. Sabemos cuáles eran sus verdaderos principios. Los que permiten que sus pasiones empañen la distinción entre el bien y el mal son criminales. Pueden estar convencidos, pero no han llegado honestamente a su convicción” (*Life*, III. 45 y s.; véase también II. 222 y s., 348).

4 Los *tories* sostuvieron, con bastante justificación, que eso era también una calumnia contra ellos: “En 1688, los *tories* participaron en llevar a cabo la revolución, participaron en forma eminente, y en consecuencia tienen tanto derecho a los frutos de ella como cualquier otro conjunto de hombres en Gran Bretaña, por más que algunos pretendan lo contrario” (*The Sentiments of a Tory in Respect to a Late Important Transaction*, 1741, cit. en Greene, *Politics*, p. 275.)

En el siglo XVIII los *tories* eran en su mayoría la mediana y baja nobleza: los “caballeros rurales”, el estamento de los *esquires*, la “*gentry*”,<sup>5</sup> todos ellos poseedores hereditarios de propiedades solariegas relativamente pequeñas, en las zonas rurales de Inglaterra. Representaban entre un cuarto y un quinto de los miembros de la Cámara de los Comunes (en la de los Lores estaban subrepresentados, ya que en esa época y también más tarde la representación se concedía a los leales partidarios del ministerio en funciones). En los Comunes fueron casi siempre silenciosos ocupantes de los bancos del fondo, que esporádicamente concedían sus votos a algún ministro –Harley o North o el joven Pitt– que les caía bien. Pero básicamente no estaban muy interesados en desempeñar un papel activo en la escena política nacional, aunque eran muy activos en la política local; se preocupaban por obtener apoyo para la agricultura y por mantener bajos los impuestos a la tierra, y trataban de que el gobierno central interfiriera lo menos posible con ellos. En general eran “aislacionistas”, “*little Englanders*” [es decir, opuestos a la expansión del imperio británico] y desconfiaban de las relaciones con el extranjero que podían conducir a guerras y aumentos de los impuestos. Se enorgullecían de su independencia política, y con frecuencia frente a medidas polémicas dividían sus votos entre ambos lados por igual; de hecho, a veces se hablaba de ellos como “los miembros independientes”. El personaje de Squire Western de Henry Fielding es una caricatura de este tipo por un *whig* urbano, “patriota”, y sin duda es calumnioso en lo referente a la educación, el habla y las maneras del *squire tory* promedio, pero es bastante exacto en cuanto a sus actitudes políticas. Después de 1714 nunca tuvieron la fuerza parlamentaria ni la cohesión necesaria para formar nada que pudiera llamarse una administración “*tory*”, aun cuando sus votos, que mantenían el equilibrio de poder entre facciones *whig* en conflicto, podían afectar la existencia del ministerio; fue su defección lo que causó la caída del ministerio North en 1782.

Un *whig*, por el contrario, era un activista de la política nacional, ansioso por que el gobierno central llevara el futuro del país en una dirección acorde con los intereses de su propio grupo económico. Los grandes empresarios de la City de Londres y Bristol tendían a ser *whigs*; lo mismo ocurría con

5 La posición política de la *gentry* en el siglo XVII ha sido objeto de mucha investigación y debate en época reciente. H. R. Trevor-Roper ha afirmado que “fue [la Gran Rebelión de la década de 1640] la ciega rebelión de la *gentry* contra la corte, de las provincias contra la capital” (“The Country-House Radicals”, en su *Men and Events*, 1958, p. 179). La historia subsecuente de los *tories* en el siglo XVIII hace pensar en una continuación de resistencia provinciana “de base” al establishment de Westminster.

los grados más altos de la nobleza, con sus enormes extensiones de tierra (que en la última parte del siglo con frecuencia resultaron contener importantes minas de carbón), los duques y los marqueses a quienes Burke admiraba y servía tan fielmente, convencido de que lo que era bueno para los Rockingham y los Richmond era bueno para Gran Bretaña. Naturalmente, no todos los *whigs* querían llevar el país exactamente en la misma dirección ni colocar el poder gubernamental en manos del mismo grupo de individuos: los grandes conflictos políticos del siglo fueron todos entre grupos opuestos de *whigs*, con ocasionales grupos *tories* como aliados inconsistentes y tibios de uno u otro lado.

Identificar todos esos fluctuantes agrupamientos *whigs* y distinguir sus objetivos requeriría un libro aparte, aunque con frecuencia sus objetivos pueden resumirse en la mera adquisición de cargos y patrocinio. Sin embargo, es posible discernir una oposición muy importante en el campo de la gran política nacional: los partidarios de Pitt eran claramente los portavoces de la comunidad empresarial, y las políticas que defendían tendían siempre a la expansión comercial e imperial agresiva, con miras a proporcionar una base aun mayor al comercio y a las empresas industriales británicas. El grupo Walpole-Pelham-Rockingham, por otra parte, representaba los intereses más diversificados y seguros de los grandes magnates territoriales –los “viejos ricos”, en contraste con los “nuevos ricos” de los negocios– y en consecuencia tendía a ser más cauteloso y conservador. En 1739, Pitt y sus aliados maniobraron para llevar a Walpole a la guerra con España, con el objeto de forzar la apertura a la Gran Bretaña del monopolio español del comercio con Sudamérica y el Pacífico, y en el proceso causaron su caída. Esa victoria fue sólo transitoria: los herederos políticos de Walpole, Henry Pelham y Newcastle mantuvieron su control del timón durante las décadas de 1740 y 1750, pero en 1756, con el comienzo de la Guerra de los Siete Años –la Gran Guerra por el Imperio, como la llama Lawrence Gipson–,<sup>6</sup> Pitt ganó la partida. Gran Bretaña salió de la guerra con un enorme imperio ultramarino, y su futuro como gran potencia comercial del mundo en el siglo XIX estaba asegurado. Vale la pena señalar que el papel del moderno Partido Conservador de Gran Bretaña, como partido de los intereses industriales, comerciales y financieros del país, es

6 En su historia en muchos volúmenes, *The British Empire before the American Revolution* (1936-1970). En un ensayo titulado “Samuel Johnson and the Great War for the Empire”, incluido en *English Writers of the Eighteenth Century*, ed. por John H. Middendorf (1971), intento reunir información sobre la posición de Johnson ante la guerra, sus orígenes y sus consecuencias.

un legado del joven Pitt y sus sucesores, no de los *tories* del siglo XVIII. Éstos, como cabía suponer, generalmente prefirieron el mal menor de los partidarios de Walpole al de los partidarios de Pitt: cuando Walpole estaba luchando por su supervivencia política, en 1741, lo apoyaron a él antes que a la oposición *whig* con sus votos en los Comunes.<sup>7</sup> Johnson, después de atacar violentamente a Walpole por algún tiempo a fines de la década de 1730, pasó a defenderlo; su odio por los Pitt y lo que ellos representaban no amenguó durante toda su vida.

Burke, Junius y otros propagandistas antiministeriales de las décadas de 1760 y 1770, sin embargo, lograron alterar la nomenclatura partidaria, para el siglo XIX si no para el suyo; aunque los comienzos del cambio pueden detectarse en la última parte del siglo XVIII, cuando encontramos a Boswell, la señora Thrale y otros contemporáneos más jóvenes de Johnson usando “*tory*” más o menos como llegó a usarse en las historias victorianas, es decir, para designar a alguien que apoyaba las administraciones de Grenville, Grafton y North, mientras que la designación “*whig*” ahora era monopolizada por los rockinghamianos, casi permanentemente en la oposición. (Que *no* es así como Johnson y su generación empleaban esos términos queda claro cuando encontramos a Johnson, en “La falsa alarma”, de 1770, defendiendo calurosamente las acciones del ministerio de Grafton-North en el asunto Wilkes, y al mismo tiempo condenando la “frígida neutralidad” de “los *tories*” sobre la cuestión.)<sup>8</sup> Más tarde Macaulay desarrolló esa innovación terminológica convirtiéndola en una filosofía grandiosa y a la vez extraordinariamente simple de la historia y la ciencia política. La historia es el registro del inevitable “progreso” del pueblo británico a lo largo de los siglos; en todo ese tiempo, los individuos de mente política pueden dividirse en dos clases: los que quieren ayudar a ese progreso (los *whigs*) y por consiguiente deben ser aprobados, y los que intentan detenerlo o invertir su marcha (los *tories*) y por lo tanto deben ser condenados. En las palabras del propio Macaulay,

La historia de Inglaterra es enfáticamente la historia del progreso. Es la historia de un movimiento constante de la mente pública, de un cam-

7 En la votación del 13 de febrero de 1741 en la Cámara de los Comunes, sobre la moción de Sandys de sacar a Walpole de su cargo, veinte *tories* votaron en contra de la moción y otros treinta y cinco se abstuvieron. Johnson (presumiblemente) defiende esa actitud en una nota agregada al relato de esa división en el *Gentleman's Magazine* (GM, XIII [abril de 1743], p. 181).

8 Véase p. 391, *infra*.

bio constante en las instituciones de una gran sociedad. [...] Con frecuencia hemos pensado que el movimiento de la mente pública en nuestro país se parece al del mar cuando la marea sube. Cada ola sucesivamente se adelanta, rompe y vuelve atrás; pero el gran flujo está avanzando constantemente.<sup>9</sup>

A través de todo ese gran movimiento [desde la Carta Magna, 1215, hasta la Ley de Reforma de 1832] ha habido, bajo un nombre u otro, dos conjuntos de hombres, los que estaban adelantados a su época, y los que estaban atrasados con respecto a ella. [...] Aunque un *tory* de hoy puede ser muy similar a lo que era un *whig* hace ciento veinte años, el *whig* está tan adelantado al *tory* como siempre.<sup>10</sup>

Es difícil saber qué es lo más asombroso de estos postulados, su audacia o su ingenuidad (aunque en defensa de la inteligencia de Macaulay es preciso decir que con esto estaba construyendo la base para la glorificación de su propio partido, los *whigs* de Lord Grey, los sucesores de Burke y Rockingham, y para el apoyo de la muy discutida Ley de Reforma, que aprobaron en 1832; por hacerlo fue abundantemente recompensado por el patrocinio del partido, que lo llevó a ser miembro del Consejo de la India por cinco años y rico por el resto de su vida). Sin embargo, la idea de que toda la historia política desde el inicio de los tiempos se puede explicar en términos de esa dicotomía –*whigs* contra *tories*, o progresistas contra reaccionarios, o “izquierda” contra “derecha”–<sup>11</sup> parece ejercer una atracción casi irresistible sobre la mente moderna. Cuando se observa que el “*toryismo*” de John-

9 Reseña de Sir James Mackintosh, *History of the Revolution*, en F. C. Montague (ed.), *Critical and Historical Essays* (1903), vol. II, pp. 72-74.

10 Reseña de Lord Mahon, *War of the Spanish Succession*, *ibid.*, vol. I, p. 531.

11 La historia de esta metáfora, que supuestamente deriva de la forma semicircular de los asientos en la Asamblea Nacional de Francia, daría para un estudio interesante. La arbitrariedad de esos términos puede verse en el uso temprano de ellos por Sir Adolphus Ward, *The Electress Sophia and the Hanoverian Succession* (2a. ed.: 1909), p. 550. Ward está hablando de los clérigos episcopales disidentes en Escocia después de la Revolución de 1688: “tales hombres tendían a acatar al presbiterio, pero formaban claramente un ‘ala izquierda’”. En la actualidad, los estudiosos instintivamente considerarían a los escoceses, muchos de ellos jacobitas, como el “ala derecha”, y a los presbiterianos, que apoyaron firmemente la Revolución, como el “ala izquierda”, aunque (y presumiblemente eso es lo que quiere decir Ward) en la época en Escocia la iglesia presbiteriana era ortodoxa, oficial, “el establishment”, y los escoceses eran una minoría disidente.

son no era muy semejante a lo que el siglo xx llama “*toryismo*”, una de las respuestas más frecuentes es: “Oh, ¿quiere decir que era más *whig* de lo que pensábamos?”. La respuesta, desde luego, es que no era nada *whig*, era completamente *tory*, pero un *tory* del siglo xviii era tan diferente de lo que en el siglo xx se llama un *tory* como un “liberal” del tiempo del reinado de la reina Victoria (que creía que la libertad de empresa individual para acumular dinero no debía ser estorbada por ninguna interferencia del gobierno) lo es de un “liberal” estadounidense de mediados del siglo xx (que cree justamente lo contrario); en suma, la dicotomía de Macaulay es una falacia, y tratar de interpretar un pensamiento político tan sutil y complejo como el de Johnson en esos términos conducirá inevitablemente a groseras distorsiones.

## II

Para comprender la posición política de Johnson, entonces, debemos resistirnos firmemente a la tentación de superponer a los acontecimientos, a las actitudes y al vocabulario de la política del siglo xviii cualquier patrón del tipo “derecha contra izquierda” de los inventados por Macaulay y otros teóricos posteriores: simplemente no son aplicables. Además, por supuesto, debemos liberar nuestras mentes de las diversas leyendas sobre el propio Johnson que los historiadores literarios han construido y propagado tan asiduamente durante los últimos doscientos años, y estar dispuestos a examinar sus propios escritos políticos con ojos limpios y ver qué dicen realmente.

Una de las más persistentes de esas leyendas es la que sostiene que Johnson en realidad no tenía opinión política de ningún tipo, y que sus escasos y triviales escritos sobre temas políticos pueden ignorarse sin problema. Los comienzos de esa leyenda pueden encontrarse en las páginas de Boswell, que no conoció a Johnson hasta después del fin de los dos primeros de los tres períodos de intensa participación política de Johnson, los relacionados con el ataque a Walpole a fines de la década de 1730 y comienzos de la de 1740, y con la Guerra de los Siete Años, dos decenios más tarde. En realidad Boswell no tuvo mayor oportunidad, al menos durante la vida de Johnson, de conocer bien los escritos de Johnson que surgieron de esa participación, porque gran parte de ellos fueron escasamente conocidos hasta mucho tiempo después. El tercer período, en el que Johnson defendió ciertas acciones de los ministerios del duque de Grafton y Lord North, a comienzos de la década de 1770, sí coincidió con la época en que Boswell lo trataba.

Este libro se terminó de imprimir  
en noviembre de 2009 en Safekat S.L.  
28019 Madrid.

